

sus plumas á disposición del Espíritu Santo. «Mi lengua, dice David, obedece á las inspiraciones del Espíritu de Dios, como el secretario al que le dicta sus órdenes (1).» Así San Basilio no dice nada que no sea muy conforme á la revelación divina, cuando nos representa á los cuatro Evangelios, las actas, las epístolas canónicas y el Apocalipsis, todos esos escritos preciosos que forman el Nuevo Testamento, como otras tantas cartas escritas por los Evangelistas y los Apóstoles en nombre de Jesucristo, nuestro hermano primogénito de entre los muertos (2), y bajo el dictado del Espíritu Santo. El mismo San Pablo nos indica el verdadero objeto de esa correspondencia epistolar, diciéndonos que todos esos escritos están destinados á instruirnos en los misterios, las doctrinas y todas las enseñanzas propuestas á nuestra fe, y también para consolarnos de la ausencia de un hermano amadísimo; por manera que, *deleitándonos* en su retrato, tal como se halla trazado en esas escrituras, tengamos la seguridad de irnos á reunir con Él donde se halla, y de unirnos con Él, en la casa de nuestro Padre común (3).

Pero entre todos los secretarios divinos que nos han transmitido las palabras de Jesucristo después de su ascensión á los cielos, San Pablo es el que parece haber penetrado más profundamente los misterios de Jesucristo, el que conoció antes sus razones ocultas bajo la corteza de la letra, y el que mejor ha comprendido las relaciones que tienen con los hechos del Antiguo Testamento. En una palabra; San Pablo es el que mejor conoce el cielo, y todo lo que en él se hace. ¿Y por qué? Porque queriendo Jesucristo que sus hermanos que quedaron

(1) Lingua mea calamus scribae velocitèr scribentis. (Salmo XLIV, 2.)

(2) Primogenitus ex mortuis. (Coloss., I, 18.)

(3) Quaecumque scripta sunt ad nostram doctrinam, scripte sunt ut per consolationem scripturarum spem habeamus. (Hebr., XV, 4.)

acá abajo conociesen, en cuanto lo permite su condición presente, alguna cosa de su vida gloriosa, y sobre todo que conociesen bien la influencia que desde lo alto de los cielos ejerce sobre su Iglesia, concedió á San Pablo un favor muy superior á su condición mortal. Le elevó por el éxtasis y el rapto hasta el tercer cielo (1), le reveló directamente su Evangelio en toda su plenitud, en cuanto á la letra y en cuanto al espíritu (2); le hizo entender los más profundos arcanos de la Divinidad, que no le es permitido á ningún hombre articular acá abajo (3), y le hizo medir desde aquella altura, desde aquella latitud y desde aquella profundidad, todo lo que podía ser comunicado á las inteligencias por la fe. San Pablo, en todo lo que escribe de Jesucristo, ha hablado de lo que vió con sus propios ojos, de lo que recogió de la boca misma de Jesucristo. Si queremos adquirir nuevas de nuestro hermano amadísimo que está en el cielo; si queremos saber lo que hace allí por nosotros, es necesario preguntárselo á San Pablo. Él nos instruirá en su admirable epístola á los hebreos, epístola que, dirigiéndose directamente á los hebreos, puede ser considerada como dirigida por orden de Jesucristo á la Iglesia toda entera. Hé aquí, pues, lo que encontraremos relativamente al misterio de este día, en el cap. IX de esa sublime epístola. Puede decirse que es como el compendio de la teología de los misterios de nuestro Señor Jesucristo.

El templo de Jerusalén estaba dividido en tres partes: la primera, que formaba como el cuerpo del templo, y en donde se inmolaban las víctimas, era accesible al pueblo, que podía acudir allí á adorar, hacer oración y asistir á los sacrificios.

(1) Raptus est in paradissum. (II, Corinth., XII, 4.)

(2) Evangelium non ab homine accepi, sed per revelationem Jesu Christi. (Galat., I, 12.)

(3) Audivi arcana verba quæ non licet homini loqui. (II, Corinth., XII, 4.)



En la segunda parte, que un grande y denso velo separaba de la primera, se encontraba el altar de los perfumes, el candelero misterioso y la mesa que sostenía los panes de proposición, figuras de la Eucaristía. Esa segunda parte del templo se llamaba *Sancta*, santuario. Su entrada estaba prohibida al pueblo, y no era permitida más que á los sacerdotes que ofrecían allí el incienso, y á los levitas que los ayudaban en todas las funciones del culto.

En fin, detrás de un segundo velo, que se llamaba con propiedad el velo del templo, y que milagrosamente se desgarró en dos mitades en el momento en que Jesucristo espiró en la cruz, estaba oculto el Santo de los santos, ó el santuario propiamente dicho, el lugar más augusto y el más temible del templo. Allí se conservaba el Arca fabricada por Moisés, que contenía un vaso lleno del maná del desierto, la vara de Aaron y las tablas de la ley. Estaba prohibido á todos, bajo pena de la vida, el poner el pié en el Santo de los santos. Sólo estaba exceptuado el gran sacerdote, que una vez al año debía entrar en él, llevando en sus manos dos copas de la sangre de la víctima que acababa de ser inmolada en la primera parte del templo en presencia y á la vista del pueblo.

Aquí San Pablo nos hace observar que aquella solemne ceremonia de la entrada del gran sacerdote en el Santo de los santos, no era más que una figura sensible del misterio de la Ascensión de Jesucristo. *Quæ parabola est instantis temporis.* (Hebr., ix, 9.)

En efecto, según el testimonio de Josefo, historiador judío, que en cuanto á eso nos ha transmitido el pensamiento de Salomón y de los judíos restauradores del templo, el Santo de los santos, en el que nadie podía entrar, representaba de una manera sensible el cielo perteneciente exclusivamente á Dios, y en el cual estaba prohi-

bida la entrada al hombre caído por causa del pecado (1).

El gran sacerdote, único que podía entrar en el Santo de los santos, llevando en sus manos la sangre de la víctima inmolada en presencia del pueblo, representaba de manera más evidente á Jesucristo, único verdadero Gran Sacerdote, único digno de entrar en el cielo y de ofrecer allí eternamente á su Padre, en el secreto de los cielos, la víctima que Él mismo había sacrificado públicamente sobre el Calvario.

Pero el Santo de los santos, después de entrar allí el gran sacerdote, volvía á quedar cerrado el resto del año, para él y para los demás. Aquella ceremonia, que se repetía cada año, y siempre sin efecto, figuraba muy bien el misterio futuro de la inmolación de Jesucristo, pero no podía darla su complemento: era muy propia para indicar sus circunstancias, pero no podía producir sus efectos, y ese Santo de los santos, inaccesible á todos, decía elocuentemente que el camino del cielo permanecía cerrado, aun para los escogidos de Dios, en tanto que durase el templo antiguo (2).

Hoy día han variado las cosas: Jesucristo, nos dice San Pablo, verdadero Pontífice de los bienes futuros, llevando en sus manos, no la sangre de los animales, sino la suya propia, ha entrado en el verdadero Santo de los santos, y ha dejado sus puertas abiertas para siempre, porque encontró el secreto de la redención eterna (3). Hoy Jesucristo no entra en un tabernáculo de fábrica humana, sino en el mismo cielo, de que el tabernáculo terrestre

(1) Tertia pars tabernaculi erat velut cælum Deo sepositum, quia et cælum inaccessum hominibus. (Josefo, *Antigüedades Juddicas*.)

(2) Hoc significante Spiritu Sancto nondum propalatam esse sanctorum viam adhuc stante priore tabernaculo. (Hebr., ix, 8.)

(3) Christus autem assistens Pontifex futurorum bonorum, per ampliùs et perfectiùs tabernaculum non manufactum, id est, non hujus creationis; neque per sanguinem hircorum aut vitulorum, sed per proprium sanguinem introivit semel in Sancta, æterna redemptione inventa. (Hebr., ix, 11, 12.)



no era más que la figura; y ya no sale de él, sino que se queda allí, para mantenerse eternamente enfrente del rostro de Dios en clase de intercesor, y para continuar allí en nuestro favor las funciones de Sacerdote y de Pontífice, según el orden de Melchisedech (1).

Estas magníficas palabras de San Pablo nos descubren los lazos secretos, las misteriosas armonías del Antiguo y del Nuevo Testamento, las figuras y sus realidades, las profecías y su cumplimiento, la economía de las Sagradas Escrituras y la unidad de la Religión. Esas palabras nos revelan también el ministerio de misericordia, de compasión y de amor que Jesucristo ha ido á ejercer por nosotros, continuando en ser en el cielo lo que fué para nosotros sobre la tierra, nuestro medianero, nuestro patrono, nuestro abogado, no cesando, no cansándose, ni olvidando jamás el interesarse por nuestra salvación. Así nos lo hace conocer San Pablo con un lenguaje singularmente enérgico cuando parece no señalar á la permanencia de Jesucristo en los cielos otro objeto, otro fin, otra razón de ser que su continua intercesión en nuestro favor, viviendo eternamente para interceder por nosotros (2). ¡Palabras deliciosas y consoladoras!... ¡Jesucristo en el cielo hace, pues, de esa intercesión su ejercicio único, su exclusiva ocupación, su única delicia!... ¡Y en el seno de la gloria celestial, su vida es siempre lo que fué sobre la tierra, un recuerdo eterno de nosotros, un acto de amor no interrumpido para con nosotros, una incesante solicitud por nosotros!...

Hé ahí, dice San Ambrosio, por qué no quiso borrar las cicatrices de sus llagas, y si llevarlas consigo al cielo, para presentar sin cesar á su Padre el rescate de

(1) Non in manufacta Sancta Jesus introivit, exemplaria verorum, sed in ipsum cœlum, ut appareat nunc vultus Dei pro nobis. (*Ibid.*, 24.)

(2) Semper vivens ad interpellandum pro nobis. (*Ibid.*, VII, 25.)

nuestra libertad (1). Así, para intercesar á su Padre en nuestro favor, no tiene necesidad de hablar; le basta con presentarse: y eso es lo que quiso decir San Pablo con estas palabras: «Ha entrado en el cielo para estar siempre delante del rostro de Dios, é interceder en nuestro favor» (2). En efecto, las sagradas llagas, de que después de su resurrección quiso conservar no sólo las cicatrices sino también los agujeros, son la prueba siempre viva del sacrificio sangriento que el Hijo de Dios ofreció por nosotros, del premio infinito que pagó por nosotros, y de los méritos innumerables que nos ha adquirido. Por esas llagas, Jesucristo es verdaderamente ese Cordero siempre vivo y siempre degollado, de que nos habla San Juan en el Apocalipsis (3). Es decir, que por esas llagas, que siempre fluyen sangre y siempre están radiantes de luz, Jesucristo se halla en los cielos en estado continuo y permanente de sacrificio, en estado de víctima siempre inmolada, y siempre inmolándose por nuestra defensa y nuestra salvación. Así, pues, su actitud, su posición de víctima siempre en presencia y á la vista de Dios, es por sí sola una elocuente arenga, una súplica de una eficacia y de un valor infinito en favor nuestro: *Ut appareat nunc vultus Dei pro nobis*.

No sucede con esta inmolación de Jesucristo como con la oblación necesaria al gran sacerdote de la antigua ley, para entrar una vez al año en el Santo de los santos. Jesucristo no tiene necesidad de renovar su inmolación por una nueva efusión de sangre, como no necesitó venir á inmolarse desde el principio del mundo, ni de repetir esa inmolación en toda la sucesión de los años del antiguo tiempo. Le bastó el presentarse una sola vez con

(1) Vulnere pro nobis suscepta cœlo inferre voluit, abolere noluit, ut Deo Patri pretium nostræ libertatis ostenderet. (*San Ambrosio*.)

(2) Ut appareat nunc vultus Dei pro nobis. (*Hebr.*, IX, 24.)

(3) Agnum stantem tamquam occisum. (*Apoc.*, V, 6.)



*su hostia* para destronar y desposeer para siempre al pecado, y para sumergir en la inmensidad de sus expiaciones la inmensidad de la deuda de los pecadores (1). Así, lo que se hace eternamente en los cielos, no es más que la aplicación de lo que ha sido hecho y consumado en una sola vez? Tendremos ya una idea suficiente de la eficacia y de la excelencia de los méritos de Jesucristo y de su poderosa mediación?... Escuchad, es necesario penetrar todavía más en ese misterio, y para ello referir lo que se dijo en la epístola á los hebreos, á lo que el mismo San Pablo dice en la epístola á los efesios. Allí, aquel grande Doctor de las naciones nos revela que Jesucristo no sólo nos asoció de antemano á la gloria de su resurrección, sino también á toda la gloria, á todas las consecuencias de su ascensión al cielo. Nos ha hecho sentar de antemano con Él en lo más alto de los cielos. Es nosotros mismos; es, no tan sólo nuestro espíritu, sino toda nuestra sustancia humana, espíritu y cuerpo, que le plugo colocar á la vista inmediata de su Padre (2). Esto es una consecuencia del gran misterio de la Encarnación del Verbo, misterio que no expresa una sencilla asimilación, sino una especie de *unificación* de los redimidos y del Redentor. Y contrayéndonos á las consideraciones particulares al misterio de este día, podemos decir que por esa unión de todos nosotros en un sólo cuerpo, en una sola persona moral, Jesucristo quiso hacer como imposible una negativa por parte de aquel con quien intercede. Observadlo bien: todos los hombres, tanto de los antiguos como de los presentes y futuros

(1) Neque ut sæpè offerat semetipsum, quemadmodum Pontifex intrat in Sancta per singulos annos in sanguine alieno; alioquin frequentèr oportebat eum pati ab origine mundi. Nunc autem semel in consummatione sæculum, ad destitutionem peccati per hostiam suam apparuit... Semel oblatus est ad multorum exhaustiendæ peccata. (*Hebr.*, ix, 25, 26, 28.)

(2) Conresuscitavit et consedere fecit in cœlestibus in Christo Jesu. (*Eph.*, ii, 6.)

tiempos, los judíos como los gentiles, los justos como los pecadores, se hallan de ese modo como recapitulados y representados en nuestro Señor Jesucristo (1). El rayo de la justicia, pronto á herir á los pecadores, queda como en suspenso, y no puede tocarlos sin pasar por la humanidad santa que se sacrificó por todos. Sólo la obstinación de los que perseveran en rechazar ó deshonrar esas magníficas prerogativas, puede armar de nuevo el brazo de la justicia, y llegando á ser definitiva, hacerla implacable.

¡Cuán mal hacen, y en qué extraño error, en qué triste ignorancia se hallan los que desesperan de las promesas de la misericordia divina!... Justos ó pecadores, ¿por qué han de dar cabida á la tentación de la desesperación, cuando un Dios tiene cuidado de revelarnos de ese modo las riquezas de su misericordia, los inagotables tesoros de su caridad?...

Mirad; como si Dios hubiese temido que nuestras débiles inteligencias, que nuestros pusilánimes corazones pudiesen llegar á esas alturas de las divinas invenciones de su inefable bondad, quiso poner la esperanza al alcance de todos... Jesucristo nos hace decir por la tradición católica, que no es sólo nuestro intercesor y nuestro abogado en el cielo. Sin duda esa nueva seguridad no debe perjudicar en nada á la suficiencia, á la plenitud absoluta de su mediación. Pero del mismo modo que Jesucristo está en el cielo á la derecha de la virtud de Dios (2), así también, nos dice San Bernardo, María está en el cielo á la derecha de Jesucristo, y ejerce al lado de su divino Hijo el mismo ministerio, las mismas funciones que Jesucristo con su divino Padre. Así como Jesucristo es en el cielo el medianero entre Dios y los hom-

(1) Instaurare omnia in Christo quæ in cœlis et quæ in terra sunt, in ipso. (*Eph.*, i, 10.)

(2) A dextris virtutis Dei. (*San Mateo*, xxvi, 64.)



bres, María es á su vez en el cielo la medianera entre los hombres y su divino Mediador (1). En efecto, continúa San Germán, como excepto Jesucristo nadie ha sufrido tanto sobre la tierra por los hombres como María, del mismo modo nadie en el cielo se toma un interés más vivo ni un cuidado tan afectuoso como María por la salvación del género humano (2). Del mismo modo que el verdadero José, Jesucristo, en su elevación, no ha olvidado á sus hermanos; la verdadera Esther, María, después de su elevación á la diestra del verdadero Asuero, no ha olvidado á su pueblo. Jesucristo presenta incesantemente á su Padre sus llagas, monumento eterno de misericordia y de amor: María presenta también á Jesucristo su seno y su corazón, asilo sagrado del más puro y tierno afecto. Jesucristo recuerda siempre á su Padre su costado y su corazón traspasados por la lanza del soldado: María recuerda siempre á su Hijo su corazón maternal traspasado por la cuchilla del dolor. Dios Padre no puede rehusar nada á los ruegos de Jesucristo, porque es su Hijo único: del mismo modo Jesucristo no puede negar nada á las súplicas de María, porque es su Madre.

Si es cierto que Jesucristo en su gloria hace consistir su vida y su felicidad en interceder por nosotros, no lo es tampoco menos que María hace consistir sus más dulces goces y su vida inmortal en interceder por nosotros con Jesucristo. Por manera que nos es lícito decir de ella, sin temeridad y sin inferir agravio á la mediación del divino Redentor, que lo fué asimismo de María, que ella también no existe más que para interceder en

(1) Mediator Dei et hominum Jesus; mediatrix hominum et mediatoris hominum Maria. (San Bernardo.)

(2) Quis post filium tuum curam gessit generis humani sicut tu?... (San Germán.)

favor de todos nosotros. *Semper vivens ad interpellandum pro nobis.*

Con esos dos abogados tan poderosos y que tan afectuosos fueron para nosotros, ¿qué tenemos que temer? El divino Padre nos aterra porque es nuestro árbitro supremo; recurramos á Jesucristo, que es nuestro hermano y nuestro mediador. El mismo Jesucristo nos asusta porque ha de ser un día nuestro Juez; podemos recurrir á María, que no es más que Madre, Madre toda misericordia y amor para sus hijos; Madre que no inspira más que confianza, que no expresa más que amor y afectuosa ternura, que no puede rehusar á sus hijos su protección.

¡Oh María!... os saludamos en este día del triunfo de vuestro Hijo, en este día en que no es difícil excitarse á una dulce confianza, en este día en que el cielo parece abrirse para atraernos á vuestro lado y el de vuestro Hijo amadísimo. Pero debe llegar ese día terrible profetizado por los mensajeros celestiales, ese día en que los cielos se abrirán para revelar á todos los pueblos de la tierra el poder y la majestad del grande triunfador. En ese día en que deberán petrificarse de espanto todos los que han querido permanecer extraños á nuestras esperanzas, haced, ¡oh María! que podamos ser del número de los que levantarán sus cabezas con seguridad. Haced que, merced á Vos, podamos ver en nuestro Juez al que, al subir á los cielos, quiso llamarnos sus hermanos, dejaros entre nosotros como un dulce rehén, y como la omnipotente mandatoria de la misericordia infinita. Así sea.